

LA REPRESENTACIÓN DE JOSÉ ANTONIO POR EL JOVEN PERIODISTA CELA: EL DEBER Y SU *PERFORMANCE*

Eloy E. Merino

Universidad de Northern Illinois

En una de las entradas de su *Diccionario para un macuto*, Rafael García Serrano explica la mítica e intensa pervivencia de José Antonio Primo de Rivera entre los simpatizantes falangistas después de su fusilamiento en noviembre de 1936, como la materialización de un “sebastianismo”. Es decir, un urgente culto a su figura al modo del brindado al mártir de la Iglesia Católica, San Sebastián, quien se representa tradicionalmente asaeteado, con expresión agónica, pero todavía con vida. No pueden creer que José Antonio esté muerto y le comienzan a llamar el “ausente”, nombre “que nació de un modo espontáneo, porque [el] falangista de filas creía metafísicamente imposible la desaparición de José Antonio” (506). En parte, las saetas que matan de modo figurativo al fundador de la Falange son con toda probabilidad traiciones post mórtem que los comentaristas, como García Serrano en 1979, quieren leer en la perspectiva que brinda la distancia temporal desde el hecho.

Mucho antes, en 1938, comienza a institucionalizarse el mito por acción del gobierno franquista, proceso donde “el peso de lo simbólico, de lo retórico, desempeñó un papel principal” (Rodríguez Jiménez 323). Todos tienen en España estos años (década de los 40) algo que decir en favor de José Antonio, por conveniencia o por convicción. Pero son, en efecto, los intelectuales y letrados del ambiente cultural franquista los que mejor se encargan de pulir la fundamentación ideológica para las medidas concretas de la dictadura, con respecto a la glorificación de José Antonio (el día de luto nacional, las efemérides, los monumentos, las inscripciones, etc.). En esta tarea compiten unos con

otros por alcanzar mayores cotas elegíacas, contenidos más reveladores, por dar con la alabanza perfecta, la que de forma más concluyente dibuje y defienda al “ausente” para el presente o la posteridad. La consigna estaba clara, “precisamente porque éste era el ambiente, y ésta toda la lógica que se aplicaba al caso: José Antonio no [podía] morir” (García Serrano, *Diccionario* 507). Camilo José Cela mismo justifica este proceder: “La Política [es] poner de pie a quienes hayan caído para que puedan seguir marchando” («José Antonio»).

Cela, en 1942 un joven de 26 años, también se suma al coro de panegiristas, desde su posición de redactor-jefe del semanario *Juventud*, órgano oficial del falangista S.E.U., el Sindicato Estudiantil Universitario. Su intervención es muy parca en número; son allí tres los artículos que dedica expresamente a José Antonio, y un cuarto aparte, en el diario *Ya*, ninguno de los cuales decidió luego incorporar a sus obras completas, que comenzaron a publicarse por Destino en 1962. Pero la economía de textos no es óbice para un desempeño improvisado; quizás esto explique la modestia de la contribución por Cela. El escritor quiere poner su granito en la colecta (reunión de fieles), pero no a cualquier precio. No tiene razones, por un lado, para obviar el ánimo laudatorio de sus colegas, militantes o simpatizantes del falangismo como él, pero sabe, por el otro, que ya, en hora tan temprana, se precia a sí mismo demasiado como virtual artesano de la lengua para imitar sus encomios en la letra, si bien que en el espíritu no tenga mucho espacio para maniobrar. El periodista recién estrenado debe ponderar de inicio con mucha calma su contribución al “sebastianismo” de José Antonio. Cuando está seguro, publica tres artículos en 1942 en *Juventud*, casi seguidos. El primero, «A propósito del pensativo y combatiente Doncel, de Sigüenza» es de agosto. Tres meses después sigue el escueto «Tránsito de poesía en loor de José Antonio». Finalmente da a la prensa «José Antonio, orador. Guión para un ensayo» (dedicado a Rafael García Serrano), y calla hasta el próximo año, parece, tras ofrecer a otros las pautas de cumplimiento con este ‘libreto’. El ensayo en *Ya*, «Aquella noche... (once glosas desordenadas)», aparece en noviembre de 1943. En otros escritos también hará mención o uso del legado de José Antonio para sus propósitos en cada caso («La brisa y el vendaval», «Notas para una interpretación falangista de Séneca», «Algo más sobre lo decadente», etc.), mas es en esos cuatro ensayos donde el líder falangista es la motivación textual principal, sin contar otros escritos descono-

cidos, que no se hubieran podido localizar para la confección de este comentario.

La cautela de Cela podría justificarse cuando se descubren los nombres contra los cuales ha de medirse en la celebración de José Antonio. Por citar como ejemplo los del prestigioso *ABC*, donde colaboran algunas de las firmas más o menos consagradas de la España prebélica: Jacinto Miquelarena (1891-1962), Cristóbal de Castro (1880-1953), Francisco de Cossío (1887-1975), Luis Araújo-Costa (1885-1956), y, sobre todo, Azorín (1873-1967).¹²¹ También podrían citarse a Javier de Martínez Bedoya (1914-¿?), José Losada de la Torre (activo en la década del 40), que tienen presencia bastante regular en el periódico. En el diario *Ya* escriben asimismo Pedro Mourlane Michelena (1885-1955) y la otra gran promesa de la narrativa franquista, Rafael García Serrano (1917-1988). En el entorno del mes de noviembre de los años 1941, 1942 y 1943, estos autores glosan la figura y hechos de José Antonio, a cinco / siete años de su muerte, suficiente tiempo para incorporar la medida en la apología y así sentar ciertas pautas para la empresa, con el intelectual serio en mente, siquiera. En la otra cota está la martirología de partido, casi de reglamento, materializada también en la veintena de libros que aparecen entre 1939 y 1945, el más popular de los cuales fuera la *Biografía apasionada* de Felipe Ximénez de Sandoval (1941). Cela, pues, tiene que conseguir en su entendimiento un equilibrio entre las dos orientaciones cuando escribe sobre José Antonio; por una parte se encuentra bajo la tutela aquiescente de la Falange y es funcionario menor del gobierno (ciudadano comprometido), por la otra ya es un literato en ciernes y su nombre empieza a sonar en los círculos culturales. Se le empiezan ya a abrir las puertas del parnaso franquista. La parquedad de Cela en celebrar a José Antonio (cuatro escritos) dice al mismo tiempo de su sinceridad en ocuparse del tema, y de su prudencia al no hacerlo con más frecuencia. Así queda bien consigo mismo y cumple las expectativas de su entorno político. A sus posibles modelos, Azorín y los demás, Cela querrá aproximarse en la letra; a los otros, los militantes, en el espíritu, en la adecuación del mensaje, su deber o misión. En el primer caso tanteará sin embargo

¹²¹ Sobre las singulares contribuciones de Azorín a este diario, en estos años tempranos de la década del 40, versa mi estudio «Azorín, ideólogo: sus ensayos en el *ABC* (1941-1945)», bajo consideración.

su originalidad en la búsqueda de nuevos expedientes para realzar la memoria de José Antonio, y, de paso, la estatura intelectual de sí mismo en el nuevo régimen: su *performance* pública, o lucimiento cultural. Es un pasaporte de distinción frente a los consagrados. Esa será la fórmula bipolar del joven escritor, una en analogía a la que ensayará en su palimpsesto de 1944, *Nuevas andanzas y desventuras de Lazarillo de Tormes*; aquí el espíritu de la novela pasará por el recurso de la alegoría, mientras que la letra la proporcionará la tradición textual de la picaresca. La alegorización será la columna vertebral de sus tres primeras novelas (v. Merino).¹²²

En el nivel formal, Cela da ya en estos textos muestras de esa “voluntad de estilo” (Umbral 23) que será una de sus principales peculiaridades en su consagración como autor literario en el futuro. Su lenguaje no es todavía demasiado “oscuro, complicado, reiterativo” (Umbral 110), como su producción madura o tardía, pero el lector puede percibir con facilidad que Cela no escribe al tanteo, y que evita llenar sus textos con demasiados tópicos, corrientes entonces (aunque no puede evitarlos totalmente). No es aún Cela el cazador de iberismos en que luego se torna, según la certera imagen de Ortega y Gasset (Umbral 28). La imaginería de Cela en estos cuatro ensayos de 1942 y 1943 no se logra siempre, pero el mismo intento fallido revela su intención de singularizarse. «A propósito» comienza con una metáfora sin mucho ángel: “El arte funerario siempre nos ha sobrecogido un poco el ánimo, con su interrogante mudo como el hielo parado en el lindero de la muerte”. Otros ejemplos de este texto, más o menos conseguidos:

La fe es un clavo ardiendo al que nos asimos en la agonía...

La agria carantamaula del encerrado a cal y canto, sin el alivio de la tierra que se esponja...

Quien dejó contestadas todas las preguntas al caer herido de muerte con el plomo que no pudo aguantar su presencia, por el plomo que le arruinó la carne, la carne mortal, y que le abrió las puertas, eternas, de los corazones...

¹²² *Pabellón de reposo* es una alegoría con densa carga religiosa sobre los dos bandos en conflicto en la guerra, en 1943 vencedores y vencidos, figurada en las incidencias de un sanatorio para tuberculosos, pocos de los cuales –Cela entre ellos, por supuesto– regresan a la vida, a la nueva España, pero los más, los enfermos, los contagiados mortalmente por la patología republicana, sucumben a la enfermedad.

De «Tránsito»:

Cuando don Miguel de Unamuno, vasco capitán que navegó por la mar de trigo de Castilla, profesor de lenguas muertas, maestro del decir vivo, barbudo y sin sombrero...

Más bien un ansia de a real la vara y un arrimarse tan demasiado al suelo que nos conducía a volvernors no más que estrecha zarza del sendero, que mimbre flaco de la vereda, que nido de gorriones en el morral, [que] ciempiés debajo del abandonado adoquín de la cuneta.

De «José Antonio»:

Pero llamar al pan, pan, y al vino, vino, tiene a veces su quiebra y su peligro. Porque la obra dura, perdura y fructifica.

Porque nunca es alegre morir a tu edad; aunque esperamos aquella certera y mal fundida bala sin jactancia y sin protesta.

De «Aquella noche...»:

[La] luna se va dejando caer, entre cauta y vagorosa, por su prevista senda. Aquella nube sombría que arrastró el viento, aquella nube, con su borde de encaje y su dulzura, llegará a la costa africana cuatro, seis horas más tarde. Hubo un instante aquella noche en que todos los niños se desvelaron, todos los pájaros contuvieron su blando respirar, todas las mujeres del mundo dieron una vuelta, estremecidas, entre las blancas sábanas.

Esta muestra de algunos de los planteamientos e imágenes de Cela, podría revelar cómo el escritor cuida su expresión. Por el recurso de metáforas (“la fe es un clavo ardiendo”, “la mar de trigo de Castilla”, nube de encaje y dulzura), el pareo de sustantivos y verbos para conseguir una cadencia musical, poética (“su quiebra y su peligro”, “la obra dura, perdura y fructifica”), la repetición de algunos vocablos de alcance dramático (“agonía”, “plomo”, “bala”, “carne”), la selección y posición de los adjetivos (“hielo parado”, “agria carantamaula”, “vasco capitán”, “alegre [el] morir”, “mal fundida bala”, “blando respirar”, “blancas sábanas”). Cela, así y todo, pierde de momento su ecuanimidad retórica, hacia el cierre de «José Antonio»:

Que los santos, los tímidos, los timoratos, los apocados, los encogidos, los consumidos, los cortos, los cuitados, los desdichados, los pusilánimes, los

aturdidos, los atados, los atarugados, los escrupulosos, los premiosos, los remisos, los ñoños, los cagapoquito y los agrarios no vuelvan a tener oídos de mercader, no vuelvan a la fábula que acabó en masacre...

Con esta descarga, resumen de su 'guión', Cela parece desear que el camino quede desbrozado para todos aquellos que no suscriban, respecto a José Antonio (la víctima especial de la "masacre"), la filosofía que se especifica —y se difumina a la vez— con diecinueve calificativos. Esta cita podría también anticipar lo que su admirador Umbral, en referencia a toda una vida creativa, llamará escritura "[como] una losa de palabras", notando que en los artículos de Cela no hay, por ello, una progresión emocional (78). Él, afirma Umbral, no ha sido un hombre de ideas sino de frases (25). Locuacidad que no es gratuita porque el mismo apologista Cela considera en 1942 el exceso de su lenguaje como una manera de igualar su pasión acusatoria a la del martirio de José Antonio; no alcanzan los adjetivos para definir a sus enemigos. Porque "las definiciones claras y concretas quitan encanto a las cosas" (Cela, «Algo más»). Tal es la amargura por su pérdida que un solo denuesto es insuficiente. Así se significa también, indirectamente, la representación textual del *ausente*, quien es merecedor de toda la riqueza del idioma, de los vocablos recónditos y connotativos, de metáforas hermosas y del efecto lírico. Que se alcance unas y otro dependerá de la excelencia y originalidad del cantor. A manera de muestra: José Antonio está "en el misterio del aire y de la nube, presente y vigilante del camino insobornable" (Miquelarena); su discurso en el teatro de la Comedia el 29 de octubre de 1933 fue un amanecer de gloria para España porque quedaron "alumbradas por la antorcha del Fundador genial las maravillas de lo teátrico" (Araújo-Costa); es "el sembrador de la Escritura frente a las aves rapaces del camino" (Castro); Cossío recuerda cómo "los dioses llaman jóvenes para sí a los predilectos y en la hora crítica les apartan del mundo grosero de las realidades"; para Mourlane Michelena, "vivo en la muerte José Antonio nos rige. Desde allí donde sueña eternidades dictaba [leyes] de gravedad a sus dominios". Y el toque siempre peculiar de Azorín: "¡Ah, José Antonio, [te] estamos viendo en silencio, un momento solo, entregado a la nueva atmósfera espiritual que tú has creado y teniendo que resolver el gran problema! [Hay] que ser león y hay que ser vulpeja..." («José Antonio en concreto»).

Así como el significante ha de cuidarse a la hora de ilustrar el legado de José Antonio, las ideas tras las palabras, el signo o signifi-

cado, son vitales – porque “la oratoria no es la oración, sino el orador” (Cela, «José Antonio»). José Antonio no puede sobrevivir en la memoria franquista con uno u otro discurso, con el retórico o el ideológico; necesita ambos al unísono, el acto y su interpretación. Los militantes falangistas a veces no pueden evitar extremar un aspecto a costa del otro, pero los literatos conocen mejor camino que caer en este error. La fórmula de distinción es la combinación de ambos. Cela, pues, tiene asimismo su prontuario de ideas para compartir. El procedimiento que adopta se diferencia, sin embargo, de sus mentores (al menos los referidos). No satisfecho el joven periodista con el donaire de su lenguaje, apuesta también a lograr aquel en la estructuración de su contenido. Cela pondrá, naturalmente, en circulación conceptos similares a los que su contexto histórico y específico produce en relación con José Antonio, pero los reviste en su caso con referentes que no son tan patentes en los otros panegíricos: ingredientes de erudición, alusiones a los clásicos, la convocación de autoridades ‘neutrales’, el concurso de poetas canónicos, alguna que otra sentencia filosófica de prestado (“una breve consideración de filosofía de la Historia nos hace ver que las coyunturas que los pueblos encuentran para su salvación tienen una periodicidad de siglos” –«José Antonio»), el citar a algunos intelectuales europeos y universales, como los más importantes. Son el fundamento de su *performance*, un ejercicio de poder (Poirier 87).

Antes de repasar estas peculiaridades de los textos de Cela sobre José Antonio, es útil detenerse en algunos planteamientos suyos que más claramente beben del venero común de entonces. Los matices del “sebastianismo”, por ejemplo: “Para unos, la agonía empieza con los primeros estertores de la muerte [...] Para otros, más felices, la agonía comienza con la vida misma; es la agonía de los elegidos”. El mártir abusa de su voluntad para tener la potencia del alma al alcance de la mano; José Antonio, “al caer herido de muerte por el plomo que no pudo aguantar su presencia, por el plomo que le arruinó la carne, la carne mortal, y que [le] abrió las puertas, eternas” («A propósito»). Recogió del suelo el alma de España y al “alto cielo” se fue, “[el] de luceros y arcángeles combatientes y trompeteros” donde al alma de España “sigue abrazado” («Tránsito»). Tiene José Antonio “el fundamento de su salvación” en su calidad de héroe, “en su fe, en su vidente fe y en su santa indignación” («José Antonio»). Es el líder muerto, al modo de otro Jesús un nuevo redentor, “monstruo de la Naturaleza que se llamó –¡ay, no más que treinta y tres años!– José

Antonio, como por treinta y tres siglos le llamaremos” («Tránsito»). José Antonio puede sufrir y morir tranquilo: “Era su última gran ocasión. Triunfó porque estaba señalado por Dios”; dos santos medievales acuden a tutelarlo, como garantes de su inmediata gloria, Isabel de Hungría y Félix de Valois («Aquella noche...»). En los autores del *ABC*, este rumbo no es muy socorrido. Para Azorín, así, el primero entre todos los falangistas “sale de sí mismo y se da generosamente a todos. Podría [llevar] vida regalada, y prefiere el batallar incesante” («José Antonio en concreto»). Los precursores suelen tener un destino trágico, escribe Cossío, y su cometido es el de luchar en la soledad, “y la fortaleza de su fe nace precisamente de este desamparo”.

Otro aspecto socorrido es la violencia semántica del lenguaje, en el uso de ciertos términos que la denotan o connotan, de nuevo para parearse en el discurso con la intensa, furiosa trayectoria de José Antonio en los tres últimos años de su vida (1933-1936), desde el mitin de fundación del partido hasta su fusilamiento. Aquí se aleja Cela del tono más calmado de los otros intelectuales referidos del *ABC*, gente mayor en todos los sentidos, que ya ha perdido los ímpetus de la juventud, y aborda el tema con prudencia o lo silencian enteramente. El fundador de Falange, según Cela, ha sido el único en España que ha sabido unir el coraje a la dialéctica, como el mismo escritor intenta conseguir con sus tres escritos. “¿Quién ha dicho”, le pregunta Cela a sus lectores, “que cuando insultan nuestros sentimientos, antes que reaccionar como hombres, estamos obligados a ser amables? Sí; no hay duda; es él, el que ha unido el coraje con la dialéctica” («A propósito»). No hay más dialéctica admisible, continúa, que la de los puños y de las pistolas. Cela es del grupo afín a esta violencia: “Nosotros nos hemos aprendido la lección: la penúltima razón que se emplea con quien se obstina en no atender a razones es partirle la cara: la última, pegarle un tiro” («A propósito»). La vuelta a la naturaleza no tendrá el sentido de una gentil égloga, el de Rousseau, sino el de una geórgica, “manera profunda, severa y ritual de entender la tierra [...] nos lo dijo José Antonio”. Y con la tierra el campamento, el clarín bélico que suena al pie de una cruz cristiana, guerra y religión, “la vida en sus dos únicas formas serias de entenderla” («La brisa»). Todos han de expiar el fusilamiento del héroe; “La sangre clama por la sangre [...] Europa paga su culpa. Porque la justicia de los siglos —ya sabéis: ojo por ojo y diente por diente— es algo que no falla jamás” («Aquella noche...»). Seamos fuertes, le pide Cela al lector,

porque “con los débiles haremos [...] ranchos en frío” («Notas»), canibalismo que no hubiera parecido tan figurativo entonces.

Donde Cela habría de particularizarse en esta tarea periodística, es tal vez en los elementos que he mencionado antes, como distintivos suyos. No quita que otros militantes también trataran, pero pocos de ellos habrían de alcanzar la talla de Cela en el panorama cultural del franquismo, y la perspectiva de conocer la riquísima trayectoria posterior del autor gallego, nos lleva a considerar esos elementos como un auspicio de lo por venir. Los otros componentes ideológicos de sus textos deben servir, irónicamente, no tanto para reforzar la gloria de José Antonio, como para cimentar la naciente de su cantor. Así, la rememoración del dirigente falangista se convierte en un vehículo hacia la reputación literaria, afán que del que estarían ya bastante libres Azorín, Araújo-Costa, Castro, Cossío, Miquelarena y Mourlane Michelena, por ejemplo, quizás menos los otros tres articulistas mencionados. Incidentalmente es que puede ahora la memoria de José Antonio beneficiarse con esta peculiaridad. Cela es así fiel desde temprano a lo que he llamado anteriormente su ‘fórmula bipolar’, que tan notables resultados le dará durante toda su vida creativa. Umbral escribirá que Cela, como los ingleses, “ha practicado siempre, al mismo tiempo, el protocolo y la piratería” (52). O expresado de una forma más gentil por el escritor sueco Artur Lundkvist, quien declaraba para *Diario 16* en octubre de 1989 que Cela, desde los primeros años del franquismo había modelado para sí “un rol inconfundible como *enfant terrible* y al mismo tiempo *grand seigneur*” (cit. por García Marquina 227).

Los ingredientes de erudición incluyen la familiaridad con Ortega y Gasset y Unamuno. También el conocimiento de la historia medieval española; del arte, mitología, filosofía griega y romana clásicas; de la historia europea y patria del siglo XVIII; de la poesía española del Renacimiento. El obligado apoyo de la Biblia está presente, e incluso disquisiciones sobre el arte de la escultura funeraria. Un muestrario de otros nombres que aparecen en sus escritos de referencia aquí: Don Álvaro de Luna, Juan II de Castilla, el poeta vasco Ramón de Basterra, Príamo, Aquiles, Sófocles, Felipe V, Menéndez Pelayo, Rousseau, Picasso, Brueghel, Oscar Wilde, Lord Byron, Calderón de la Barca, San Juan de la Cruz, el Dalai Lama, Pizarro, Jovellanos, Chesterton... Pinceladas de prestigio connotativo que Cela inserta en sus textos, como si dejara distraídamente caer piedras preciosas en el césped donde crece la jungla franquista, aunque no siempre logra

enhebrarlas bien a su propósito y se evidencian forzadas (“Unos años más tarde [José Antonio] se encontró de repente –como quería Eugenio de Saboya que se encontraran sus generales– con el mando supremo de esa suprema ciencia”, «José Antonio»). De hecho, hace Cela uso de algunas gemas exóticas, de nombres elegantes, para significar los hitos políticos de la trayectoria del cabecilla falangista en sus últimos tres años de vida, en un comentario escrito en forma de poema, un par de versos para cada piedra:

El primer fundamento, dice el Libro del Apocalipsis, capítulo XXI, era el jaspé [...] / El segundo, el zafiro. *Teatro de la Comedia*. / El tercero, la calcedonia. *Teatro Calderón, Valladolid*. / El cuarto, la esmeralda. *Otra vez el Teatro Calderón, al año siguiente*. / El quinto, la sardónica. *Círculo Mercantil*. / El sexto, el sardio. *Cine Madrid*. / El séptimo, el crisólito. *Otra vez el cine Madrid, al medio año*. / El octavo, el berilo. *Cine Europa* [...] / El nono, el topacio. *Condenado ayer a muerte, pido a Dios que si todavía...* / El décimo, el crisopraso. / El undécimo, el jacinto. / El duodécimo, la amatista. / Se aplaca el fuego con los primeros brotes de una primavera. 1o de abril de 1939. («José Antonio»; subrayado en el original)

La adaptación del pasaje bíblico, donde cada una de las doce capas de cimientos del muro de la nueva Jerusalén está adornada con una piedra diferente, encaja bien con los jalones del partido falangista y su corolario, el estado franquista, según el punto de vista de Cela. Se hace de José Antonio una suerte de Jesús resucitado y de los doce minerales otros doce eventos del ‘apostolado’. Cela cambia el integrante de la tercera, de la quinta y de la sexta capas –en mi versión de la *Biblia* el ágata, el ónice, la cornalina, respectivamente (*Santa Biblia* 1156); tal vez porque le pareciera que sus elecciones eran términos más garbosos, porque tuviera la certeza de que hoy en día sus piedras eran más valiosas en el mercado que las bíblicas, o por la connotación poética del color en las escogidas (tanto la sardónica como el sardio son variedades de la calcedonia, que es azulada).

Sócrates, Platón, Homero y Séneca iluminan al fundador de la Falange tras milenios, y a Cela por su oportuno conducto: “Si [José Antonio] hubiera vivido por entonces, se encontraría en el grupo de jóvenes que rodeaba a Sócrates”, para entrenar su oratoria, como mínimo, la oración, el gesto, el ademán, “el fulgor de su mirada y el revolotar de sus manos”, el tono del silencio, de la risa y el llanto: “Esto

es [la] oratoria”. Motivo por el que los oradores, como este José Antonio socrático, no hacen escuela, sino “compañía; no hacen amigos, sino fieles creyentes”. Pocas horas antes de su muerte el líder dijo su verdad, que “alumbró y funde”; al modo de los rapsodas griegos, quienes, según Platón, “caían en convulsiones al recitar a Homero” («José Antonio»). En «Notas para una interpretación falangista de Séneca» no hay mención del fundador del partido, pero su discurso está presente en el trasfondo de este breviario, como si Cela se erigiera en un oráculo muy fiable. El pensador del estoicismo le viene como anillo al dedo al militante “para que el sufrimiento no se nos salga por los lados, desmesurado, como la muchedumbre”. En este texto se aboga por el elitismo, el gobierno unipersonal, una aristocracia existencial y una existencia aristocrática, como las entendía José Antonio: “La vida es servidumbre [y] hay que vivirla con acendrado espíritu de sacrificio”, la aristocracia espiritual “que viene formada de dentro afuera”. Vuelve la idea del plomo y su forma gloriosa de matar y de morir: “Para la muerte has nacido, se nos dice. Sí, respondemos; nacimos para la muerte [...] La muerte es un acto de servicio, se les dijo [por José Antonio] y ellos fueron y se murieron sin volverse a mirar atrás”. La violencia del lenguaje, la manera por la cual Séneca se conecta al lugar común de la militancia falangista, está ahí presente: “Si eres bello, estrangula la belleza agarrándola por el cuello. Si eres rico, trata el dinero a latigazos. No olvides lo que dice Séneca: En la casa del sabio las riquezas son esclavas; en las del necio, señoras”.

Unamuno, Ortega y Gasset serían autoridades ‘neutrales’ en la estela del recién terminado conflicto entre republicanos y nacionalistas. El primero porque flirteó con los golpistas en un inicio y luego antes de morir los denostó en público el 12 de octubre de 1936 en Salamanca, famosamente los dos eventos. Ortega y Gasset fue uno de los ideólogos involuntarios de la Falange pero se mantuvo fuera de España hasta 1945, cuando el momento de compromisos y de firmas de adhesión incómodas había pasado o ya no importaría tanto. Los dos bandos pueden reclamar por igual a ambos pensadores.¹²³ Es una pregunta retórica de

¹²³ El mismo José Antonio pudo escribir un “homenaje y reproche” para Ortega en 1935, a quien se le podía ofrecer el regalo de un vaticinio: antes de que se extinguiera su vida, “que todos deseamos larga, y que por ser suya y larga tiene que ser fecunda, llegará un día en que al paso triunfal de esta generación, *de la que fue lejano maestro*, tenga que exclamar, complacido: Esto sí es” (513, 518; mi subrayado).

Ortega de 1916 (“¿Será posible? ¿Ha habido alguien que haya unido el coraje a la dialéctica?”) la que sirve de arranque para el texto sobre el pensativo y combatiente doncel de Sigüenza. Habrá sido José Antonio, según Cela, el primero en la historia española que habría sabido aunar las dos virtudes. Aquí el coraje orteguiano se parea con la violencia falangista, expresamente, por medio de una cita de José Antonio, imbricada con la de Ortega («Tierras» 29). Hay un diálogo entre tres, pues Cela también incluye su pregunta: “Volvemos a leer: ¿Ha habido alguien que haya unido el coraje a la dialéctica? Y bien: suponemos que no. No lo ha habido, pero ya lo hay: ahí está”, bajo su escultura funeraria en El Escorial («A propósito»). Unamuno también vale para el cotejo, del mismo modo a partir de sus palabras, en este caso provenientes de un poema, «Sub specie momenti», del libro *Romancero del destierro*, de 1927: “La mar posada me compone el alma / rota por el combate / de la tierra; / su escalofrío me tupe de calma; / mi pecho late / con el latido de la mar” (288). Éstos son los versos que Cela trae a colación para vincularlos a José Antonio, con la misma orientación de empleo; allí se contestaba afirmativamente la duda de Ortega, aquí se vuelve a preguntar: “¿Volverá a ser [hoy] la mar del pensamiento —esa mar sin orillas, sin consuelo y sin norte— esa ignota tenebrosa” del lamento de Unamuno?, y la respuesta es negativa, que es también una afirmación. “No, no en lo nuestro”, afirma el joven periodista, “me da una íntima certeza, una entrañable seguridad”. Para el pecho triste de Unamuno late en solidaridad ahora el jubiloso espíritu de José Antonio, “sincronizado, exacto y temerario”. Para un poeta de la “España pretérita, muerta y bien muerta”, otro poeta, con “lenguaje [de] monstruo de la Naturaleza”, que compone la fractura metafísica de Unamuno en una unidad, “cielo y mar, mar amplio y cielo más amplio todavía”, ensanche de gozo y de guerra, que les devolvió el horizonte, “que nos hizo levantar, de nuevo, la cabeza para alcanzarlo” («Tránsito»).

La dimensión bucólica del legado de José Antonio es una de las más celebradas después de su muerte, y, sobre todo, en los años del nazismo paralelo, cuya brutalidad causaría incomodidad en algunos seguidores del líder español, por la asociación histórica del falangismo con otros fascismos europeos de la época. Si no fuera adecuado ponderar de José Antonio su llamado a la violencia, su admiración por Mussolini, su hondo desprecio por la democracia, Azorín, Castro, Cossío, Miquelarena, Bedoya, Araújo-Costa, Losada de la Torre y Mourlane Michelena siempre pueden concentrarse en una arista

más gentil e inofensiva: su vocación poética. En ocasiones no hace falta nombrarle a José Antonio; baste que se aluda al ‘poeta’, identificación que le sirve a Azorín, por ejemplo, para el título de uno de sus ensayos. “¿De qué modo”, se pregunta Azorín, “compaginar individuo y Estado? Si estas conciliaciones se hacen fervorosamente y con delicadeza, como quien maneja cendales sutilísimos, ¿no será ello la obra de un poeta? [Este] poeta hace cristalizar en palabras la sensibilidad colectiva” («José Antonio y la poesía»). Cossío escribe que José Antonio poseía la precisión retórica de las imágenes “que corresponden al mundo literario”, y en él “descollaba un don de poesía en la acepción estricta de la palabra, en tanto que poeta quiere decir adivino”. El líder falangista era más que artista, era el señor del habla, privilegio que había recibido en la cuna, “señor de la palabra”, “de un “idioma bien martillado” (Mourlane Michelena).

El impetuoso Cela no comparte aquellos escrúpulos; su entusiasmo por José Antonio debe ser pleno, sin fisuras o inseguridades, donde cabe todo, también el componente lírico, y mejor si éste viene dosificado. Cela recuerda al lector lo que “nos ha dicho un poeta entre los tiros”, que mientras haya sangre habrá poesía. “Mientras haya sangre que se vierta para empujar la Historia, para cantarla. Mientras haya sangre que se encauce para cantar” («Matías»). El *ausente* es “la Poesía” misma, con mayúscula, («Tránsito»), uno más de sus atributos de excelencia. En su «Guión para un ensayo» Cela pone en práctica esta idea y enmarca su argumento con fragmentos de poemas de cuatro notables del Renacimiento español: Fernando de Herrera, Garcilaso de la Vega, Juan Boscán y Gutierre de Cetina, y un poeta menos conocido del Siglo de Oro, Luis Martín de la Plaza (1577-1625), como si se les convocara para rendir honores al poeta mayor, José Antonio. Así le habla Herrera, a través de Cela, al principio del texto: “Vuestro valor excelso, la grandeza / del ánimo, la gloria verdadera, / el alto y vigilante pensamiento”; son versos de una «Canción» que escribiera Herrera (675) para el segundo duque de Arcos, Luis Ponce de León. El destino de Garcilaso fue, según Boscán en su soneto número 91 (220), “que [sobre] habelle corta vida dado / pasó tan adelante la su ira, / que doquier que él revuelve si se mira, / se vea de trabajos rodeado”: tal, añade Cela, “fue el sino del poeta Garcilaso de la Vega. Y el tuyo, José Antonio”. Martín de la Plaza (166) sirve para el cierre, de este ensayo y de la vida de José Antonio; sus versos Cela los toma, modificándolos ligeramente, de un soneto dedicado a la reina de

Felipe III, fallecida en 1611 («Al túmulo de Doña Margarita, reina de España»): “De piedra el corazón, de bronce el pecho, / tienes ¡oh peregrino caminante! / si a la triste ocasión que ves deshecho, / no estás en tiernas lágrimas desecho” («José Antonio»). A un lado, pues, están los poetas, “los fantasiosos –Colón, Don Juan de Austria, Pizarro, Hernán Cortés, José Antonio, Matías Montero, lanzándose a la conquista, cada uno de ellos a solas con su genio–, aquellos con quienes se puede dominar el mundo, no se olvide, porque siempre sabrán morir a tono”. Al otro quedan “aquellos con quienes no se va ni se ha ido nunca a ninguna parte; aquellos que jamás sabrán morir a nada” («Matías»).

Finalmente, algunos intelectuales europeos de siglos pasados, tales como el francés conde de Maistre (1753-1821) y el británico Lord Macaulay (1800-1859), sazonan el cuadro de unguimiento para José Antonio. Ambos se integran en el «Guión para un ensayo» de forma no muy congruente a primera vista. Después de comenzar con Príamo y Aquiles, Sócrates y Aspasia, que se nos comenta cómo se forman los oradores y sobre su relación con sus seguidores, Cela incorpora la mención del francés, sin explicación o seguimiento coherente de lo que acaba de explicar: “El conde de Maistre, en su «Soirées de Saint Pétersbourg», se avergonzaría de los argumentos metafísicos de Platón”. Pero hasta este momento no se le había citado al filósofo griego y las ideas de Cela sobre la oratoria no poseen esa aureola metafísica que Platón planteara. El lector se pierde pues no puede comprender de inmediato cuál es la relación que Cela desea comunicar entre la oratoria, Platón, la metafísica, la capital zarista y Maistre, quien pasó 14 años allí, de embajador del reino de Cerdeña. El encastrado de Lord Macaulay es algo más natural, aunque no menos sorprendente. En su caso, sigue en el texto a Garcilaso de la Vega y al mismo José Antonio, quien, según Cela, les dijera a sus militantes que esperaran la bala, “certera y mal fundida”, sin jactancia y sin protesta: “Tal nos dijiste”. “Y es que en...”, continúa el articulista vinculando la idea anterior a esta con un efectivo y simple “Y”, tras el cual se presenta a Lord Macaulay. José Antonio hablaba en su época como habría de lamentarse el estadista británico no se hiciera en la suya, la victoriana, que sólo pretendía compararse con otras, a la vez que se las juzgaba, sin ánimos de re/crearla.¹²⁴

¹²⁴ Lord Macaulay reaparecerá luego en *Mrs. Caldwell habla con su hijo*: “Pero yo hubiera preferido verte ecuánime y circunspecto como Lord Macaulay, elegante, conservador y perito en historia de Inglaterra” (57).

De modo palpable, ni Maistre ni Lord Macaulay hallan justificación en la mente del lector para su presencia en el texto, pero Cela está aquí más atento a su *performance* erudita que a la lógica interna de su escrito. Es, como decía, un objetivo cosustancial a estos homenajes textuales al conductor del partido: Cela no quiere perder la oportunidad de celebrarse a sí mismo. No es el único que lo hace en estos tiempos, naturalmente, pues honrar a José Antonio es también expediente para todos los demás militantes, simpatizantes u oportunistas, de medro y toma de postura. Háblese bien del líder (o mal si se está en el exilio) pero el silencio es lo menos indicado. Los que callan, se dice, otorgan, e inquieta no saber a quién.

El parear a José Antonio con todas estas luminarias ‘apolíticas’ –poetas renacentistas, filósofos del día y filósofos pretéritos, personajes de la épica clásica griega, reyes españoles, artistas de minorías, ilustres compatriotas de otros siglos, pintores, conquistadores...–, buscaría conseguir que la pretendida infamia de José Antonio, a los ojos de los vencidos o los indecisos, se aminore. La compañía que se le regala a su fantasma es una operación de desbrozo o cosmética; se le quita a la avispa su aguijón. Si en la concepción de su apología por Cela no hay ningún impedimento para presentarlo en diálogo y sintonía con todos aquellos nombres ilustres, es porque a José Antonio se le reconoce el derecho de ser al unísono todo ello, poeta, filósofo, monarca de la inteligencia, esteta, arbitrista superior de España y personaje de su propia y sublime tragedia. Es una visión, quizás, demasiado literaria o espiritual del legado de José Antonio, y ello explicaría que no fuera tan socorrida para la mayoría de los otros articulistas y autores del falangismo postbélico.¹²⁵ En estos años de repliegue político para el partido, se querrá más subrayar la índole viril y tajante del fundador, que su lado estético. El editorial anónimo del *ABC* el 20 de noviembre de 1941

¹²⁵ A modo de ilustración véanse algunos de los títulos de otros artículos paralelos sobre José Antonio alrededor de las mismas fechas. En *Juventud*, noviembre de 1942: «Y vive en la Falange», «Dios le hizo así», «José Antonio y la política», «Recuerdos y promesas a José Antonio»; nov. de 1943: «Lealtad. 20 de noviembre», «Curiosidad intelectual de José Antonio». En *Ya*, nov. de 1942: «Realismo político de José Antonio», «José Antonio en su testamento», «La vocación periodística de José Antonio»; nov. de 1943: «El Fundador, misionero político de la juventud española», «José Antonio y la justicia social», «Valoración bélica de la vida de José Antonio», etc. Son principalmente artículos ‘pedagógicos’, para educar y enseñar a los militantes nuevos sobre la figura del líder, de forma directa y concreta.

afirma que no “hay doctrina sin sacrificios y sin martirio”. Ante la catástrofe que se desarrollaba en Europa había “dos posiciones extremas: rehuirla o afrontarla, porque la intermedia es siempre inútil. [José Antonio] prefirió arrostrarla [...] Esto es lo que magnifica su decisiva lucha”. José Luis Colina, en 1942 premio *Simancas* de la Delegación Nacional de Prensa, habla de cómo José Antonio “impone un encuadramiento a la juventud española y la lanza hacia la Revolución, vivificando y haciendo joven la antigua gran Historia de los Césares”. No en balde Cela mismo reitera el motivo de la violencia y de las balas una y otra vez, en medio de sus doctas filigranas. Es testimonio de un malabarismo ideológico del cual estarán libres, durante el franquismo de las dos primeras décadas, pocas de las voces inteligentes.

Los otros autores con quienes he situado en cordial competencia a Cela, son más circunspectos en sus promociones. Véase, por ejemplo, cómo Cossío sólo decide incorporar a Quijote en su defensa de José Antonio, y le llama a éste último, estableciendo cierta prudente distancia, “Primo de Rivera”, quien, “como Don Quijote, luchó por el imperio de la justicia y en plena juventud dio la vida en prenda de su doctrina”. No hay convocatoria de ningún notable en el texto de Bedoya, en el de Losada de la Torre o en el de García Serrano, ni siquiera de los patrios. Araújo-Costa hace uso de las figuras de San Agustín, Santo Tomás y el jesuita Francisco Juárez para sacralizar los afanes de José Antonio. Cristóbal de Castro también alista a autoridades como fray Juan de los Ángeles y Teresa de Jesús para su contribución. Mourlane Michelena se limita a citar al rey Felipe II. Miquelarena se acerca un tanto más a la manera de Cela: “Lo que se martirizó en Madrid y se asesinó en Alicante es el hombre de Rudyard Kipling. Un Amadís, en la vida; un hidalgo en la cama, cuando muere”. Azorín habla del alienato poético en José Antonio y no le hace falta llamar a ningún otro poeta como testigo involuntario para adelantar su tesis. En su «José Antonio, en concreto», texto bastante prolongado, hay sólo la leve incorporación del inglés John Ruskin y ni siquiera viene relacionada con José Antonio. Es con Ramiro Ledesma Ramos, “sutil pensador [quien] cual relojero que desmonta complicado reloj, ha desmontado la máquina social [...] a lo que llegó John Ruskin partiendo de lo estético”. José Antonio, según Azorín, se bastaría a todas luces en su individualidad, para pervivir en la memoria franquista.

Cela, por su parte, ha representado su versión de José Antonio y también (hasta mejor) se ha representado a sí mismo: joven impetuoso-

so, de palabra fácil y culta, de conocimientos enciclopédicos, universalista, integrador, de mente tolerante y desembarazada, pero iracundo, preciso y parcial cuando el momento lo requiere. Tal el modelo que se deseara para el literato franquista (‘guión para un ensayo’), sin la necesidad de traicionar la herencia falangista. Parece que Cela será fiel a esas cualidades de su juventud creativa hasta el final de su vida, en su discurso literario –en mayor o menos medida según la obra– y en su actuación ciudadana (así lo demuestra indirectamente Carlos X. Ardavín Trabanco en su ensayo de esta colección). Es innegable que desde los inicios se vuelca con pasión en sus amores y en sus odios; ello es también palpable en los textos suyos que he comentado aquí. Umbral, sin embargo, buen conocedor de las limitaciones y excelencias del escritor amigo, sugiere en su comentario de 2002 que el Cela columnista es de lo más flojo que nos legara este último. Umbral lo juzga mayormente por su articulismo en la democracia –sobre todo sus contribuciones regulares para el *ABC*–, pero no duda en calificar sus artículos de juventud como “fallidos y desorientados”. La labor toda de Cela en sus columnas de los últimos años hasta su muerte es la de una serie de “desmanes” (199), es decir, poco menos que desgracias para el periodismo español. Las razones que Umbral aduce son que Cela nunca logra alimentar esa cierta deficiencia emocional que requiere el lector español de periódico, “que no tiene tiempo más que para los impactos del gol, el impacto del KO, el impacto del fusilamiento, el impacto de un artículo corto, violento y sentimental, como su propia vida” (78). Será porque, como afirma su propio hijo, el Cela padre inunda por lo general al lector “con un abrumador diluvio de sesudas citas, alardes doctos y sabias precisiones, es decir, todo aquello que acompaña por lo común a la más bien inútil erudición”. Para el escritor siempre ha sido mucho más importante “cómo se dicen las cosas [que] lo que se dice” (Cela Conde 54).

Me parece, sin embargo, que estos cuatro ensayos de Cela sobre José Antonio (amén de los otros citados, del mismo ámbito temporal y temático) desmienten en lo que cabe la afirmación de Umbral, aunque no desmerezcan del todo de la del hijo del autor. Por un lado, la aparente deficiencia emocional del lector franquista se sirve bien con la violencia y el sentimentalismo de la prosa y el contenido en los ensayos de Cela, que he repasado. Por el otro, en estos años todavía está fresco el impacto de la muerte del fundador, como bien atestigua Rafael García Serrano en noviembre de 1942: “Por eso él permanece

con nosotros, y está aquí, ya muerto, con la misma presencia, [con] la misma luz, [con] la exacta gallardía, [con] la infalibilidad mítica” («Política»). Se palpa en Cela esa urgencia por mantener su memoria en vilo, tras los adornos eruditos y los otros nombres famosos, tras la oportunidad para el pavoneo. Incluso, con todo ello, nuestro joven escritor logra tal vez componer textos más incisivos, en su energía y aspiraciones, que aquellos de sus colegas de prensa que reseñamos, sin excluir al venerable Azorín. Cela volverá a repetir la ofrenda en su propósito —no en su contenido—, con su periodismo de la transición, como si solamente un acontecimiento que sacudiese la misma raíz del país (la institucionalización de la dictadura allá en los primeros años 40, y su desmantelamiento, hacia finales de los 70) pudiera electrificar la voz cívica del ciudadano Cela en su vertiente más genuina. El primer franquismo y los años de la transición a la democracia serían las épocas donde Cela regala su más humano, vital y sincero periodismo, sin importar que los signos de ambos momentos sean tan opuestos entre sí. Tras lo cual se pierde el vigor y se embarca el autor en su obsesiva y “continua gimnasia con el lenguaje” (García Marquina 112), que le ocupa sus largos decenios de vida e informa sus altibajos en la creación literaria y su recepción por lectores y críticos. Será muy difícil obrar de otra manera y tampoco Umbral lo consigue, no se dude. En el cierre del ensayo sobre el pensativo y combatiente doncel de Sigüenza, el autor Cela, justo después que nos ha recordado cómo el enemigo de entonces no se merece otro proceder que partirle la cara o pegarle un tiro, se rinde a la evolución impostergable de su motivación estética y lo dice: “Todo lo demás es literatura”.

OBRAS CITADAS

- ARAÚJO-COSTA, Luis. «Verdad y justicia restauradas». *ABC* 29-X-1942: ¿?
- AZORÍN. «José Antonio y la poesía». *ABC* 29-X-1942: 7.
- . «José Antonio, en concreto». *ABC* 20-XI-1942: 5.
- BOSCÁN, Juan de. *Las obras de Juan de Boscán*. William I. Knapp, ed. Madrid: Librería de M. Murillo, 1875.
- CASTRO, Cristóbal de. «El fundador y el credo». *ABC* 29-X-1942: ¿?
- CELA, Camilo José. «A propósito del pensativo y combatiente Doncel, de Sigüenza». *Juventud* 13-VIII-1942: 2

- . «La brisa y el vendaval». *Juventud* 17-IX-1942: 3.
- . «Tránsito de poesía en loor de José Antonio». *Juventud* 19-XI-1942: 2.
- . «José Antonio, orador. Guión para un ensayo». *Juventud* 23-XI-1942: 5.
- . «Notas para una interpretación falangista de Séneca». *Juventud* 3-XII-1942: 2
- . «Algo más sobre lo decadente». *Juventud* 14-I-1943: 5.
- . «Aquella noche... (once glosas desordenadas)». *Ya* 29-XI-1943: 3.
- . «Matías Montero. † 9 de febrero de 1934». *Juventud* 8-II-1944: 3.
- . *Mrs. Caldwell habla con su hijo*. Barcelona: Salvat Editores, 1982.
- CELA CONDE, Camilo José. *Cela, mi padre*. Madrid: Ediciones Temas de Hoy, 2002.
- COLINA, José Luis. «La voz precisa de España». *ABC* 11-IX-1942: 11.
- COSSÍO, Francisco de. «Destino del precursor». *ABC* 20-XI-1942: 6.
- GARCÍA MARQUINA, Francisco. *Cela: masculino singular. Biografía íntima de C. J. C.* Barcelona: Plaza & Janés/Cambio 16, 1991.
- GARCÍA SERRANO, Rafael. «Política del león». *Ya* 20-XI-1942: 5.
- . *Diccionario para un macuto*. Barcelona: Planeta, 1979.
- HERRERA, Fernando de. *Poesía castellana original completa*. Ed. de Cristóbal Cuevas. Madrid: Cátedra, 1985.
- LOSADA DE LA TORRE, J. «El testamento de José Antonio». *ABC* 20-XI-1941: 7.
- MARTÍN DE LA PLAZA, Luis. *Obras completas*. Ed. de Jesús M. Morata Pérez. Málaga: Diputación Provincial de Málaga, 1995.
- MARTÍNEZ DE BEDOYA, Javier. «Proyección histórica del fundador». *ABC* 20-XI-1942: 6.
- MERINO, Eloy E. «La alegoría de la violencia falangista en *La familia de Pascual Duarte*». *Ojáncano* 16 (1999): 3-28.
- . *El nuevo Lazarillo de Camilo J. Cela. Política y cultura en su palimpsesto*. Lewiston, New York: The Edwin Mellen Press, 2000.
- MIQUELARENA, Jacinto. «José Antonio, el hombre». *ABC* 20-XI-1941: 7.
- MOURLANE MICHELENA, Pedro. «La palabra en José Antonio». *Ya* 20-XI-1943: 3.
- ORTEGA Y GASSET, José. «Tierras de Castilla. Notas de andar y ver». En *El espectador*. Selección y prólogo de Gaspar Gómez de la Serna. Estella, Navarra: Salvat Editores, S.A., 1971. 25-31.
- POIRIER, Richard. *The Performing Self*. New York: Oxford University Press, 1971.

- PRIMO DE RIVERA, José Antonio. «La política y el intelectual». *Obras completas*. Agustín del Río Cisneros y Enrique Conde Gargollo, eds. Madrid: Ediciones de la Vicesecretaría de Educación Popular de F.E. y de las J.O.N.S., 1945. 513-518.
- RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis. *Historia de Falange Española de las JONS*. Madrid: Alianza Editorial, 2000.
- SANTA BIBLIA. Versión de Casiodoro de Reina y Cipriano de Valera. Revisión de 1960. Nashville, Tenn.: Broadman & Holman Publishers, 1990.
- UMBRAL, Francisco. *Cela: el cadáver exquisito*. Barcelona: Planeta, 2002.
- UNAMUNO, Miguel de. *Antología poética*. México: Editorial Porrúa, 1998.
- XIMÉNEZ DE SANDOVAL, Felipe. *José Antonio: biografía apasionada*. Barcelona: Editorial Juventud, 1941.